

12491 de 19/70
ARTESANO Y CABALLERO.

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO

POR

D. ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

ESTRENADA CON APLAUSO EN EL TEATRO DE NOVEDADES.



1940
Imprenta de José Díaz Fernandez,
Juanelo, n.º 16, bajo.



1870.

16/16

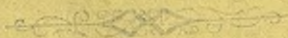
ARTESANO Y CARRILLANO.

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO

Por

D. ENRIQUE GARCÍA GUTIÉRREZ.

REPRESENTADA CON APLAUSO EN EL TEATRO DE NOVEMBER.



Imprenta de José Díaz Ferrández.
Janelo, n.º 16, bajo.

1870.

47-5925
Enrique Ceballos

ARTESANO Y CABALLERO.

PERSONAJES. ACTORES.
COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO

POR

ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

ESTRENADA CON APLAUSO EN EL TEATRO DE NOVEDADES.



(1) Por indicación del Sr. Sánchez se levantó desde la taracea la representación del papel del tío Penélope al actor Sr. D. Pedro J. Moreno.

La propiedad de esta obra pertenece a su autor y nadie podrá sin su permiso reproducirla ni representarla en teatro ni en sesiones de recreo. Queda reservada la reproducción de esta obra. El autor se reserva el derecho de retracto. Queda reservada la propiedad de esta obra. El autor se reserva el derecho de retracto. Queda reservada la propiedad de esta obra. El autor se reserva el derecho de retracto.

Imprenta de José Díaz Fernandez,
Juanelo, n.º 16, bajo.

1870.

PERSONAJES.

ACTORES.

Maria.. . . .	Doña Josefa Jordan.
La señora Ignacia.. . . .	» Maria Artigues.
Salvador.. . . .	Don Segismundo Cérvi.
El tio Peneque.. . . .	» Ricardo Sanchez. (1)
Alfredo.	» Gabriel Galza.
Don Damian.	» Eleuterio del Val.

La accion en Madrid.

(1) Por indisposicion del Sr. Sanchez se encargó desde la tercera representacion del papel del tio Peneque el actor Sr. D. Pedro J. Moreno.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traduccion. Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO ACTOR D. SEGISMUNDO CÉRVI.

Al dedicar á V. esta obra me impulsa únicamente el deseo de manifestarle de este modo la sincera espresion de mi reconocimiento. Si «Artesano y Caballero» ha merecido los aplausos del público y los elogios de la prensa, justicia ha sido merecida para el actor que con tanta maestría ha desempeñado, realzándole, el papel de Salvador, y bondad no escasa hácia el autor de tan insignificante trabajo literario Reciba V., al par de los demás inteligentes actores que tan dignamente han contribuido al buen éxito de la comedia, el testimonio de mi gratitud, y admita usted mi pobre ofrenda, atendiendo al pensamiento que la motiva, mas que al escaso mérito de tan modesta produccion

ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

Madrid, Noviembre de 1870.

AL DISTINGUIDO ACTOR D. SEGISMUNDO CERVIL

Al dedicar a V. esta obra me impulsó únicamente el deseo de manifestarle de este modo la sincera expresión de mi reconocimiento. Si «Arteano y Caballero» ha merecido los aplausos del público y los elogios de la prensa, justa ha sido merecida para el actor que con tanta maestría ha desempeñado, realizando el papel de Salvador, y bondad no escasa hacia el autor de tan insignificante trabajo literario. Reciba V., al par de los demás inteligentes actores que tan dignamente han contribuido al buen éxito de la comedia, el testimonio de mi gratitud y agnita modestia, pues que al escaso mérito de tan modesta producción

ENRIQUE CERVILLOS QUINTANA.

Madrid, Noviembre de 1870.

ACTO ÚNICO.

Habitacion pobremente amueblada, en una casa de vecindad.
Dos puertas á la derecha, una á la izquierda y otra en el foro.

ESCENA PRIMERA.

La señora Ignacia. — Salvador.

(La primera sentada en una silla; el segundo en pié, próximo á ella y contemplándola con abatimiento.)

Salvador. ¡Qué tristes son, pobre madre,
las horas de tu existencia,
y cuán amarga vejez
te ha ofrecido la miseria!
¡cómo ha de ser! (*separándose*).

Ignacia. ¡Salvador!

Salvador. ¿Llama usted, madre?

Ignacia. ¿En qué piensas?
¿no estabas aquí, á mi lado?

Salvador. Sí, madre mia.

Ignacia. ¿Y te alejas?

Salvador. No, no me alejo, es que estoy
(*acercándose otra vez.*)
algo impaciente, no llega
María aun.

Ignacia. Ya vendrá.
está muy lejos la tienda,
y luego en este Madrid
con tanta gente ..

Salvador. Pues esa
es mi zozobra, si alguno
á decirla se atreviera ..
por no acompañarla!

Ignacia. Tú
no estás fuerte, y si te dejan
volverás á caer enfermo
como antes.

Sa'vador. Pero ello es fuerza
que yo salga y que trabaje.
María labor no encuentra
hace dos dias, el cuarto
no está pagado, usté tiembla
de frio..

Ignacia. ¡Yo!

Salvador. ¡Madre mia!
no niegue usté. .

Ignacia. ¡Qué quimera!

Salvador. Hoy hay pan, mañana Dios
sabe si lo habrá.

Ignacia. No creas...

Salvador. (Como ella ignora que yo
estoy en ayunas ..)

Ignacia. ¿Piensas
salir hoy?

Salvador. Sí, me es preciso
un ebanista me espera
para ver si en su taller
hay algun trabajo.

Ignacia. Deja
un dia mas.

Salvador. No es posible.

Ignacia. Y yo inútil, ¡si yo viera!
de nada sirvo...

Salvador. Su edad,

solo es para estarse quieta,
tranquila, déjeme usted.
Ignacia. Salvador, tengo una idea,
¿por qué no hablas al vecino
que es tan buen hombre?

Salvador. Hartas pruebas
nos tiene dadas.

Ignacia. Por eso.
Salvador. Por lo mismo no quisiera
que pensara un solo instante,
que abuso de su paciencia
y su bondad; además,
aunque sacarnos pudiera
de apuros, al fin y al cabo
esto seria una deuda,
y el hombre que tiene brazos,
y á mas de brazos conciencia
no mendiga lo que puede
ganar con ruda tarea,
ni por estar echo un vago
pide prestado y se empeña,
que el pan pedido entristece
y el ganado honra y consuela.

Ignacia. ¡Hijo mio!

Salvador. Desde niño
me educó usted en esa escuela
y el fruto de sus consejos
no querrá ver hoy en tierra.

Ignacia. Solo mi afán, mi cariño
me guiaba.

Salvador. Enhorabuena.
pero antes que todo.

Ignacia. Si,
trabaja y...

Salvador. ¡Dios nos proteja!
(asiéndola una mano.)

Ignacia. Tienes razon.

Salvador. Venga usted,
(ayudándola á levantarse.)

aquí hace un aire que hiela
entre usted en su cuarto.

Ignacia. ¿Y tú?

Salvador. Por mí no tenga usted pena.
(Conduciéndola hacia la primera
puerta de la derecha.)
Vamos.

Ignacia. Pues lo quieres...

Salvador. Si;

está usted fría...

Ignacia. No temas... (entrando.)

Salvador. El pañuelo
(cubriéndola bien los hombros.)

Peneque. (De estos hijos
(apareciendo un instante por el foro.)
ya no hay muchos en mi tierra.

ESCENA II.

Salvador.—El tío Peneque.

Salvador. ¡Tío Peneque!

Peneque. El mismito;

¡que viva la gente buena!

Lo que es la señora Ignacia

con un hijo de tus prendas

puede juzgarse feliz

á pesar de su ceguera.

Salvador. Yo cumplo mi obligación

Peneque. Pero la cumples á medias.

Salvador. ¿Cómo?

Peneque. Los buenos vecinos

deben de tener franqueza

y tú no cumples, callando

lo que decirme debieras.

Salvador. ¡Tío Peneque!

Peneque.

¡Tio Peneque!
siempre con la misma fiesta,
siempre callado, tratando
de ocultar que la miseria ..

Salvador.

Peneque.

Usté se engaña. ¿No veo
cómo se marchan las prendas,
que, al empeñarse en marcharse
en no volver mas se empeñan?
Vaya, y que un hombre cual tú
engorde á tanta culebra

Salvador.

Peneque.

de usurero, por no hablar
y pedir una onza ó media!
Hoy pienso encontrar trabajo.

Siempre en encontrar se piensa,
pero eso no basta, chico,
cuando la fortuna es negra
y cuando se tiene un genio
tan taciturno; yo era
como tú, pongo por caso,
triston, pero di una vuelta
y echando el alma á la espalda
y ahogando á tragos mis penas
logré salir adelante

con salud y con talegas
Ya se vé, los envidiosos
rabian cuando uno prospera,
y porque alguna vez que otra
desocupo una botella
me llaman borracho; ¡endinos!
borracho, porque me alegra
echar un brindis.. te juro

Salvador, que no me inquieta,
porque, hijo, si me sangrasen
y saliese Valdepeñas
como una gota de sangre
quedara solo en mis venas
esa estaria mas limpia,
que todas las malas lenguas,

- que no han catado en su vida
mas licor, que el agua fresca
Salvador. Bien lo sé
Peneque. ¡Voto á brios!
la gente alegre remedia
los males, vente conmigo
Salvador, y con llaneza
echando un trago refiéreme
tus apuros, que si fuera
cosa que yo
Salvador. Tío Peneque
la merced que yo quisiera
Peneque. ¿Cuál?
Salvador. Que acompañe á mi madre
aguardando aquí mi vuelta
Peneque. Pero antes...
Salvador. Mi hermana tarda
y un compañero me espera.
Peneque. Mas... (*haciendo señal de beber.*)
Salvador. Nada.
Peneque. ¡Bueno!
Salvador. Hasta luego.
Peneque. Dios te dé lo que desees.
(*Vase Salvador por el foro.*)

ESCENA III.

El tío Peneque

- Peneque.** Pues señor, ¡viva la Pepa!
ó yo no entiendo una papa,
ó este muchacho no escapa
si no se arrima á la cepa.
Por no andar junto á la pipa
con el busilis no topa
no irá nunca vicento en popa

ni podrá llenar la tripa.
Porque el que se hace á la capa
á ser algo nunca trepa
que no hay sitio donde quepa
el que la modestia tapa.
Pues para no hacerse pupa
de vergüenza y comer sopa
nada hay mejor que la copa,
que no hace volver la grupa.
Y el que la fortuna atrapa
sendas botellas destripa,
que hace falta la chiripa
para ser hombre de chapa.
(Se dirige hácia el cuarto de Ignacio)

ESCENA IV.

Dicho — Don Damian.

Damian.

¡Eh, buen hombre!

(apareciendo por la puerta de foro)

Peneque.

¿Qué se ofrece?

(v. iriéndose).

Damian.

Necesito hablar á solas.

Peneque.

Pues diga usted lo que quiera
que aquí na lie nos esforba.

Damian.

¿Tiene usted una hermana?

Peneque.

Puede.

Damian.

¿La tiene usted?

Peneque.

¿Qué le importa?

Damian.

Mucho, que tengo un sobrino.

Peneque.

Será usted un tío.

Damian.

¿Se mofa?

Peneque.

Lo que usted quiera.

Damian.

Acabemos!

Peneque.

Si hemos empezado ahora

Damian. Yo sé que aquí hay algo.
Peneque. Y yo.
Damian. ¿Usted sabe?
Peneque. Muchas cosas.
Damian. Hablo de su hermana.
Peneque. Ya.
Damian. Y de mi sobrino.
Peneque. ¡Hola!
Damian. ¡Soy don Damian!
Peneque. Dios le guarde.
Damian. Y he venido ardiendo en cólera.
Peneque. Témplese usted.
Damian. Es necesario.
Peneque. Agua fría
Damian. ¿Está de broma?
Peneque. Como usted guste
Damian. Yo tengo
muchos humos.
Peneque. Ya se nota.
Damian. ¡Soy un tigre!
Peneque. Está á la vista,
¿quiere usted echar una copa?
Damian. Lo que quiero es, señor mío,
que usted á los planes se oponga
de los chicos.
Peneque. No comprendo
Damian. Mi sobrino se enamora
como un animal
Peneque. Usted
lo dice.
Damian. Y si no se logra
cortar pronto esa p sion
que ya va rayando en tonta
se casará con la niña
que no desea otra cosa;
mas antes que el caso llegue
de preparar esa boda
ó yo desato ese lio
ó usted por lo sano corta,

Peneque. que esa union no le conviene
ni á mi alcurnia, ni á mi estofa.
Todo eso está, la verdad,
bastante mal dicho...

Damian. ¡Oígal!

Peneque. Pero en fin, allá se arreglen,
pues por lo que á mí me toca
no tengo hermana ninguna
ni conozco esas historias,
con que largo don levita,
que ya está usté aquí de sobra.
¿Cómo se entiende?

Damian.

Peneque. Lo dicho

Damian.

Pero es cierto...

Peneque.

Damian.

¡Dale bola!
Con que usté no es el hermano
de María, bordadora...

Peneque.

¡Ni esto!

Damian.

¡Será otro!

Peneque.

¡Caball!

¡qué listo!

Damian.

¡El furor me ahoga!

Peneque.

¡Cuidado!

Damian.

Yo volveré,

(*saliendo por el foro.*)

y como indague ..

Peneque.

¡Tío cócora!

(*siguiéndole algunos pasos.*)

cuidado, no indague yo algo
con la punta de mi bota.

ESCENA V.

Dicho — *La señora Ignacia.*

Ignacia.

Tío Peneque

Peneque
Ignacia
Peneque.

Señá Ignacia.
¿Qué busca ese hombre?
Con tiento..

Ignacia

vamos.. ¿oyó..?
Casi todo;
se trata de mi hija..

Peneque.

Cierto.

Ignacia.

¡Dios mio!

Peneque.

No hay que apurarse
yo conozco á ese mancebo...

Ignacia.

¿Con que es verdad?

Peneque.

Si.

Ignacia.

Y Maria

nos ha ocultado

Peneque.

Temiendo

á su hermano..

Ignacia.

Si él supiera.

pero, ese jóven ..

Peneque.

Alfredo

es un buen muchacho, estudia
medicina y ya muy luego
será doctor.

Ignacia.

Y usted dice...

Peneque.

Yo le conozco hace tiempo
y al saber que aquí habitaba
me dió cuenta del suceso.
Nada, que la vió en la calle
y que la dijo: «te quiero,»
que se puso colorada,
y contestó: «no lo creo»
que él se lo juró, y que ella
lanzó un suspiro tremendo,
que él soltó otro, que la niña
le puso los ojos tiernos,
que él manifestó buen fin,
que ella se alegró con eso,
que él pidió hablarla despacio,
que ella le otorgó un momento,
y que como es natural,

- después de hablar. . se entendieron.
Pero ese tío...
- Ignacia.* Ese tío,
Penegue. es muy tío y muy refeo.
- Ignacia.* ¿Y usted no lo conocia?
Penegue. Yo no, pues aunque hace tiempo
me habló el sobrino...
- Ignacia.* ¿Y no quiere?
Penegue. Ese chico es su heredero
presunto.
- Ignacia.* ¡Ah!
Penegue. ¡Ese es el caso.
- Ignacia.* ¡Pobre hija mia!
Penegue. Veremos...
- Ignacia.* yo fio en el mozo
Cá;
siendo pobres ..
- Penegue.* No hable de eso,
con tal que él quisiera.
- Ignacia.* ¡Calle!
(*escuchando*).
¡María!...
- Penegue.* ¿Llega?
Ignacia. Sí.
Penegue. Bueno;
pues chiton ..
(*guiándola á su cuarto*).
¡Oh! y Salvador...
- Ignacia.* Ya se arreglará. .
Penegue. Es que temo...
- Ignacia.* Ya está ahí... calle y no salga,
Penegue. yo respondo del suceso.

ESCENA VI.

Maria.—*El tío Peneque.*

Maria.
Peneque.

¡Ay, señor Peneque!
Tío,
que yo á señor no he llegado.

Maria.
Peneque.

Vengo asustada...

Maria.

¿Qué ocurre?
Salvador...

Peneque.

(mirando con temor en torno suyo.)
Solos estamos
puedes hablar.

Maria.

Bien; Alfredo
(bajando algo la voz.)
ya sabe usted...

Peneque.

Sí, sé algo.

Maria.

Me ha seguido...

Peneque.

¡Ah! te ha seguido...

Maria.

Diciendo unas cosas...

Peneque.

¡Diablo!

¿y qué ha dicho?

Maria.

Que ha de hablar
sin pasar de hoy á mi hermano

Peneque.

¡Cáspita!

Maria.

Y no es lo peor,
sino que se queda abajo
esperando que yo le liaga
una seña por el patio
para subir...

Peneque.

¡Está loco!

Maria.

Mis súplicas no han bastado...

Peneque.

Pues hija, á mí me parece,
que ese negocio está malo;
hoy ha venido su tío

y dijo, echando venablos
que no casa á su sobrino
contigo, aunque caigan rayos.
¡Oh!

Maria.

Peneque.

Y va á volver, ya ves tú,
que si él atisba á tu hermano
todo se descubre, y yo,
tendré que pagar el pato
por encubridor de amores,
que es papel lucido...

Maria.

Peneque.

¿Y vamos...
á dejar...? ¡Señor Peneque!

Por ser yo de genio blando
me encuentro ahora perdido
y entre las uñas del gato.
¿Quién me mandaba tener
á mi edad estos cuidados?
á la una, porque la quiero
y al otro por buen muchacho
protejo, sin reparar,
que con esto al otro engaño.
Pero si Alfredo le dice
que dé permiso...

Maria.

Peneque.

¡Canastos,
pues bonito es Salvador
para atender al reclamo;
en viendo que es señorito
tu novio, va á dar un salto...

Maria.

Peneque.

Sí, mas usted le dirá...
Y aunque diga, queda el ganso
del tío...

Maria.

Peneque.

¿Y qué hacer?
Bien fácil;
dejarse de novios.

Maria.

Claro;
si usted fuera una mujer
no diría eso...

Peneque.

Maria.

¿Es tan malo?
Sí, porque dejar un novio

siempre cuesta algún trabajo,
y luego... en fin, usted sabe,
que yo le quiero

Me lavo

Peneque.

las manos...

Maria.

¡Señor Peneque!

Peneque.

No hay señor que valga...

Vamos...

Maria.

sea usted...

Peneque.

¡Yo no soy nada!

Alfredo.

¡Un buen amigo! (*entrando por el foro.*)

Peneque.

¡Muchacho!

ESCENA VII.

Dichos.—*Alfredo.*

Maria.

¡Ah!

Alfredo.

¿Les sorprende?

Peneque.

¡Me gusta!

¿con que entrarte de improviso?...

Maria.

Es una locura.

Peneque.

¡Atroz!

Alfredo.

Estén ustedes tranquilos;
yo esperaba una señal
que no has hecho y si he subido
ha sido porque impaciente
estoy, pues quiero que hoy mismo
cese el misterio, y sabiendo
que tu hermano me cree digno,
fijar un plazo á la bod:
y casarnos y..

Bien dicho;

Peneque.

pero, si mientras llegase
Salvador, y en el garlito
nos pillase y un garrote
cogiera hecho un basilisco
y dando á esta un puntapié
te rompiera á tí el bautismo,
y á mí, con razon sobrada
me colgára el sambenito...
¿podrias quejarte luego
con un fundado motivo
si e frustraba la boda
y todo tu plan? ten juicio;
sal de de aquí, vete á tu casa,
y pues te hablo como amigo
te doy, de último consejo
que no hagas mas el pollino.
Muchas gracias.

Alfredo.
Peneque

La verdad,
sabes que te aprecio, chico,
y que antes que tú nacieras
á tu padre he conocido
mas por lo mismo que quiero
vuestro bien, el'o es preciso
que sea yo aquí el que mande
ó que me saqueis del lio.
Disponga usted.

Alfredo.
Maria
P. neque.

Sí
Pues márchate
en seguida!

Alfredo.
Peneque.

¡Hombre!
No admito
réplica ninguna

Maria.

¡Vete
por Dios! yo te lo suplico...

Alfredo

Mas antes, dime...
(asiéndola una mano y postrándose.)

Salvador.

¡Qué es esto!

Peneque.

(lleno de ira, desde el foro.)
(Se armó la de Dios es Cristo!)

ESCENA VIII.

Dichos. — Salvador.

Maria. ¡Mi hermano!

Alfredo. ¡Ah! (*levantándose*)

Salvador. ¡Tío Peneque!

Peneque. (Ya escampa.)

Salvador. ¿Qué ha sucedido?

Peneque. (Buen nublado)

Salvador. ¡Vete dentro!

Alfredo. Señor! ..

Salvador. ¡Silencio! ¿qué he dicho?

(*asiendo á su hermana por un brazo.*)

Maria. ¡Salvador!

Salvador. Vamos, ahora

(*arrastrándola hacia la habitación de su madre, y cerrando la puerta.*)

no te toca á tí!

Peneque. (Qué cisco...

mejor será...)

(*alejándose algunos pasos.*)

Salvador. Tío Peneque,

quiero hablar á este mocito.

Peneque. Eso es decir que me marche.

Salvador. Sí señor.

Peneque. (Claro, lo dicho;

aquí está el pagano.) ¡Abur!

ya sabrás si soy tu amigo.

(*saliendo por el foro.*)

ESCENA IX.

Salvador.—*Alfredo.*

Salvador. Pues que solos nos hallamos
oyendo con calma, espero,
que me explique, caballero,
la situacion en que estamos.
Su edad, me parece escasa
y mi justa ira contiene
aunque edad bastante tiene
para deshorrar mi casa.
Alfredo. Juro á usted.

Salvador. No es menester;
siempre el juramento sobra
cuando el hombre piensa y obra
con arreglo á su deber.
Y sepa, como advertencia
antes de entrar en asunto,
que sé bien, punto por punto
las cuestiones de conciencia.
Porque este traje no quita
que de ello me halle enterado,
que para ser hombre honrado
no hace falta la levita.

Alfredo. Lo sé y aunque me condena
la indiscrecion que he tenido,
despues que usted me haya oido
sabrà comprender mi pena.
Salvador. Su pena...

Alfredo. Sí, que al tratar
de obrar cual mi honor me impone,
mi aciaga suerte se opone
á que lo pueda lograr.
Salvador. Explíquese usted.

Alfredo

A María

profeso un amor tan puro,
que al faltarme, de seguro
mi existencia cesaría.

Salvador.

Palabras vanas ..

Alfredo.

Señor.

Salvador.

Y aunque yo le diera fé,
sería igual

Alfredo

Porque usted

no sabe lo que es amor.

Porque si usted lo supiera

no se mostrara tirano ..

Salvador.

¿Acaso el ser artesano
hace amar de otra manera?

Alfredo.

¡Oh! no tal.

Salvador

Mal que le cuadre

tambien sabemos querer.

si usted adora á una mujer,

adoro yo á otra: á mi madre.

Alfredo.

¡Su madre!

Salvador.

Sí; ¿son estrañas

á usted, acciones tan bellas?

¿pues no nos han dado ellas

la vida con sus entrañas?

Alfredo

Yo no pienso...

Salvador.

¿Hay en el mundo

quien sienta pasion tan honda

y á nuestro amor corresponda

con afecto mas profundo?

¿Quién con cuidados prolijos

vela y con creciente afan,

y sabe quitarse el pan

para dárselo á sus hijos?

¿Acaso hay otras mujeres

que adoren con tal vehemencia,

que formen nuestra existencia,

con la esencia de sus séres?

¡Oh! no hay nin una que amante

sea cuai ellos lo son,

y no basta un corazon
para amarlas lo bastante.
Consuelo en nuestros dolores
su amor lo mas grande encierra,
que es este amor en la tierra
el amor de los amores!

Alfredo.

¡Así se siente!

(adelantándose hacia el conmovido.)

Salvador.

Un momento;

(deteniendo su accion.)

que al hablar de esa manera
me propuse que leyera
la mitad de un pensamiento.

Alfredo.

¿Cómo?

Salvador.

Mi madre, señor,
es una mujer honrada
y por nadie, ni por nada
quiero que manchen su honor.
Mi afecto hacia ella es ardiente
mas aun cuando asi no fuera
nunca su hijo consintiera,
en que humillara su frente.
Que aunque en su hogar no atesora
seda, terciopelo y oro,
puede tener mas decoro
que la mas alta señora.
Pues la virtud es igual
y aun es mayor su nobleza
con pañuelo a la cabeza
y un vestido de percal.
Y en suma, porque no obre
de hoy mas con prudencia escasa
sepa que no hay una casa
mas honrada... ni mas pobre!
Yo explicaré...

Alfredo.

Salvador.

Su osadía

no puede nunca explicarla.

Alfredo.

Osado fui por amarla,
por ser digno de María

Salvador. ¿Cómo?

Alfredo. Por la vez primera
pasé esa puerta, señor,
y crea usted, por mi honor,
que si obré de esa manera
fué para pedir su mano
y lograr mi ilusion bella
llamándome esposo de ella,
y de hombre tan recto, hermano.

Salvador. Yo estimo, si así ha pensado
su buen concepto ante todo
mas, pensando de ese modo,
de otro modo hubiera obrado.
Usted es joven.... ya lo sé,
y á su edad hay mil errores,
por lo mismo á esos amores
les doy yo tan poca fé.

Y aun dándola, hay diferencia
entre su clase y la mia.,

Alfredo. Para mí es mucho María ..

Salvador. Para mí es mas la experiencia.

Si al fin un dia cesara
ese exagerado amor,
podria bien, un señor,
su pobreza echarle en cara.

Y vale mas que ella venza
su amor si hacia usted lo siente,
que ver sonrojan su frente
los tintes de la vergüenza.

Alfredo. ¡Oh! ¡eso nunca!

Salvador. Basta ya,
y aprenda á no ser ligero
que el que entra cual caballero,
cual caballero saldrá.

Alfredo. Yo probaré á usted algun dia,
que no es mi pasion tan vana.

(dirigiéndose hacia el foro.)

Salvador. (¿Será verdad, ¡pobre hermana!
voy á llamar á María!)

- Alfredo. ¡Oh!
(*volviéndose al llegar á la puerta.*)
Salvador. ¿Qué hay?
Alfredo. Llega...
Salvador. ¿Quién?
Alfredo. ¡Mi tío!
Salvador. ¡Ah! y si le vé...
Alfredo. Eso desea...
Salvador. Pero entonces...
Alfredo. Tal vez crea...
Salvador. ¡Lo que no existe!
Alfredo. ¡Dios mío!
él sabe... y salvar anhelo
el buen nombre...
Salvador. ¡Entre usted ahí!
(*tomando de pronto su resolución y señalándole la puerta de la izquierda.*)
esto me faltaba á mí...
Damian. ¡Va á matarme ese chicuelo!
(*entrando con muestras de cansancio, por la puerta del foro.*)

ESCENA X

Salvador — Don Damian.

- Salvador. (¡Qué insolente!)
(*al ver los bruscos modales con que entra don Damian.*)
Damian. (Este ha de ser,
que al otro bruto no veo.)
¡Buen hombre!
Salvador. Saber deseo
en qué le puedo valer;
mas, pagando su franqueza
advierto á usted caballero,
que aquí dentro, ese sombrero

- no está bien en la cabeza.
Damian. ¡Es usted orgulloso!
Salvador. Sí;
lo soy con todo pedante
que hace un alarde insultante
de vanidad ante mí
Damian. Mal se aviene tal pensar
con quien por mas que se empeñe..
Salvador. Mas raro es que yo le enseñe
el modo de saludar.
(*arrancándole el sombrero.*)
Y al grano, que hemos salido
de la cuestion vanamente;
esplique usted claramente
qué quiere, y á qué ha venido.
Damian. ¿Usted me conoce?
Salvador. No.
Damian. ¿Tiene usted una hermana?
Salvador. Sí.
Damian. ¿Vive usted con ella?
Salvador. Aquí.
Damian. ¿Y quién cuida de ella?
Salvador. Yo
Damian. ¿Sabe usted que ama.. ?
Salvador. Lo sé.
Damian. ¿Ya le ha dicho el otro?...
Salvador. Ya.
Damian. ¿Y está comprendido?
Salvador. Está.
Damian. Muchas gracias
(*de mal humor, separándose de él.*)
Salvador. No hay de qué.
Damian. Con lenguaje tan conciso
(*acercándose otra vez.*)
nunca nos entenderemos.
Salvador. ¿Le hace á usted falta que hablemos
algo mas de lo preciso?
Damian. Si la esplicacion no ens ncha
creo que lo que ha indicado...

Salvador. Siéntese usted... sin cuidado,
(*ofreciéndole una silla y señalándose en otra*),
que aunque está vieja no mancha.

Damian. Empiezo

Salvador. Escucho.

Damian. Un sobrino
me ha dado Dios que, en verdad
aunque va entrando en edad
nada tiene de ladino
Próximo á tener carrera
se cree un hombre hecho y derecho
y fermentan en su pecho
pasiones de calavera
Pero, y aquí hallo yo el quid;
es tonto de capirote
y hará alguna que se note
sin duda en todo Madrid.
Pues todo el mundo recela
con razon, que es mi heredero
y saben que mi dinero
no es ninguna bagatela

Salvador. Y ahora...

Damian. En un compromiso

me trata de colocar
¡qué diablo! irse á enamorar
sin contar con mi permiso.
Y como tienta el demonio
á estos jóvenes del día
á él le ha dado la manía
de contraer matrimonio
Yo confieso que su hermana
será una chica sin pero.
mas no se encuentra el dinero
de la noche á la mañana.

Salvador. ¡Ya! (*conteniendo su ira*)

Damian. Mas tambien se me alcanza,
que con su estraña manía
el chico á usted le podría
haber dado una esperanza.

Salvador. ¡Es claro!

Damian. De la razon
yo no me aparto por eso
pues por usted me intereso
para arreglar la cuestion.

Salvador. ¡Hola!

Damian. Sí, quisiera darle...
mas... vacilo á la verdad..
fije usted la cantidad
con que debo indemnizarle.

Salvador. ¡Indemnizarme!

(levantándose.)

Damian. Aunque fuera. . (idem.)

Salvador. ¡Vive Dios! don millonario
que no va á ser necesario
que baje usted la escalera.

Damian. ¿Qué dice?

Salvador. Que sus ochavos
guarde y que tenga entendido,
que, entre el pueblo en que ha nacido
nunca se compran esclavos.
Que si busco una peseta
por hallarla no me bajo
y si me falta trabajo
sabré empeñar mi chaqueta.

Damian. Salga usted, salga señor,
ó si no estoy decidido..
Hombre, yo habia creido.
que le iba á hacer un favor.
Su hermana de usted -

Salvador. No tiene
porque concluir su frase..
yo no quiero que se case;
el chico no me conviene.

Damian. ¡Já!... ¡já!... ¡já!...

Salvador. Salga de aquí...
¡por Cristo!

Damian. Voy; mas no cuela,
que una triste mujerzuela...

Salvador. ¡Infame!
(*avalanzándose á él.*)
Alfredo. ¡Me toca á mí!
(*saliendo de pronto y deteniéndole.*)

ESCENA XI.

Dichos.—**Alfredo.**

Damian. ¡Ah! con que tú...
Alfredo. Sí, señor.

he oído sus palabras
y no consiento que ultraje
á una jóven que es honrada
que es digna de mi respeto
y de mi amor, y de...

Damian. Basta;
pues menos consiento yo
que así insultes á mis canas.
Alfredo. ¡Reniego de tí!

Alfredo. ¡Mejor!

Damian. ¡Te desheredo!

Alfredo. ¡Mil gracias!

Salvador. Es usted un jóven muy digno!
mas, por lo mismo, en mi casa
no romperá usted esos lazos,
que á la familia nos atan
y cuyo acto alguna vez
puede ser que le pesara.
Alfredo. ¿Pesarme?

Salvador. Siga á su tio...

Alfredo. ¡Nunca!

Damian. Si no es de mi casta...

Alfredo. Tiene razon y me alegro

Damian. ¡Quédate entre esa canalla!
(*saliendo por el foro.*)

Salvador. ¡Bribon!

(corriendo tras él)

Alfredo.

¡Es viejo!

(deteniéndole.)

Salvador.

¡Es verdad!

(volviéndose.)

mas si vuelve á las andadas. .

ESCENA XII

Ignacia. — Salvador. — Alfredo.

Ignacia. ¡Perdónale!

Salvador. ¡Madre mia!

Ignacia. El espiará sus faltas. .

Salvador. ¿Ha oido usted?

Ignacia. Lo sé todo

y ahí llorando, tu hermana
queda, esperando la absueles
su error .

Alfredo.

Señora, si tanta
es su influencia en el hijo
querido de sus entrañas,
yo la ruego que interceda
y que oyendo mi demanda . .

Ignacia.

Caballero, aunque su rostro
velado está á mis miradas
conozco que el que así obra
no abriga pasion bastarda.
Pobre ciega, son mis hijos
mi consuelo y mi esperanza
y su aprecio á ellos estimo
y no olvido sus palabras,
mas somos pobres, señor,
pobres, que, si le rechazan
conservarán su recuerdo

Alfredo. con gratitud en el alma.
Salvador. ¡Oh! ya no hay remedio!
El tiempo
consuela nuestras desgracias
y si la memoria no es
de un hijo del pueblo, ingrata,
esta mano .
(*dándole la suya*)
Peneque. Es que esa mano,
no es la mano que él buscaba.
(*apareciendo por el foro y colocándose
entre ambos.*)

ESCENA XIII.

Dichos.—*El tío Peneque.*

Salvador. ¡Tío Peneque!
Peneque. Vamos hombre
que si yo tuve cachaza
sabia bien lo que hacia
consintiéndole á tu hermana...
Salvador. Pero el caso...
Peneque. ¿A que me enfado
para siempre, si no tratas
de hacer mi gusto? ¡María!
(*llamándola.*)
Salvador. ¡Cómo!
Peneque. La pobre muchacha
estará llena de miedo
y yo no quiero.
Ignacia. ¿Usté trata?...
Alfredo. ¡Tío Peneque!
(*acercándose á él con confianza.*)

Peneque.

¡Ea, chiton!

ya está ahí la chica. . .

Maria.

¿Me llaman?

(saliendo con timidez del cuarto de su madre).

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos. — **Maria.**

Ignacia.

Sí. hija mia

Maria.

¡Madre!

Peneque.

Vamos

se acabó la tontería,
acércate aquí, María,
porque en tu dicha pensamos.
Yo ya soy un pobre viejo
que á tragos pasa la vida
hasta que el diablo decida
que le suelte mi pellejo.
Como esto no ha de tardar
mis onzas reparto, y quiero
si no ofende mi dinero
á esta muchacha dotar.

Salvador.

Es usted un hombre excelente
mas no admito. . .

Alfredo.

Yo tampoco.

Peneque.

Pues señor, ó yo estoy loco
ó no comprendo á esta gente.

Ignacia.

¡Hijo mio!

(con espresion de orgullo.)

Peneque.

Ven acá.

(asiéndote una mano.)

Salvador.

No se canse, tío Peneque.

¡Ah!

(apoyándose en él vacilante.)

Peneque. ¿Qué es eso? ¿estás tembleque?

Salvador. No... sentí... se pasa ya...
la emoción... (prócurando serenarse.)

Ignacia.

Maria.

Salvador.

No es eso solo... Bien puede ser.

(imponiéndole silencio.)

Alfredo.

Ignacia.

Maria.

Ignacia.

Maria.

¿Qué tiene?

Dilo, hija mía.

No ha comido desde ayer.

¡Hijo!

Por darlo á las dos

se quitó el pan.

Salvador.

Peneque

No señora...

Si me rechazas ahora

no tienes perdon de Dios.

Yo mis negocios traspaso,

tú trabajarás por mí,

y dándote un sueldo ..

Salvador.

Penegue.

Así...

Tú aceptas, y yo los caso.

(asiéndoles las manos.)

Salvador.

¿Usté?

(sonriéndose.)

Peneque.

Salvador.

No, que será el cura.

Pero el dote es de mi cuenta,

pues trabajando ..

Peneque.

Revienta

si calla.

Alfredo.

Peneque.

Alfredo.

Ignacia.

Es una locura...

¿Tú tambien?

Yo...

Se acabó;

dad gracias al tio Peneque...

Peneque.

¿Si querrá ese Tirabeque

saber algo mas que yo?

¿Acaso no hila este majo

(por Salvador.)

mas delgado que un alambre?
¿qué está muriéndose de hambre
y solo acepta el trabajo?
Que venga el mas ricachon,
y á pesar de su dinero,
de este pobre jornalero
recibirá una leccion.

Salvador. Su elogio es muy lisonjero;

Ignacia. Lo has llegado á merecer.

Salvador. Es que bien se puede ser
artesano y caballero.

FIN.

Se vende esta colección al precio de 4 rs en las

principales librerías

ORRAS DEL MUNDO AL POR

El libro de las mujeres
Album del Guardia Civil
Pájaros de la Alhambra
El Alcazar de la Alhambra
La Gaceta de la Alhambra
El Fondo del cuadro
Las Cerechas
Romancero Militar
El libro de Juan Rodríguez

Se vende esta comedia al precio de 4 rs. en las principales librerías.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

La Mejor de las Mujeres.

Album del Guardia Civil.

Páginas de un Album.

El Maestro de Escuela.

La Covadonga.

El Fondo del cuadro.

Las Creencias.

Romancero Militar.

El Libro de Juan Soldado.